

en sus hamacas. Hacia medio día, aconsejéronles los negros que hicieran alto á orillas de un riachuelo cuyas aguas eran escelentes, en lo que convinieron sentándose bajo de unos árboles con intento de preparar la comida. De improvviso divisaron un elefante tan abultado como un carro de retama. Los negros cogieron al punto las armas, y con gran zambra y gritería le descargaron una granizada de flechas. Uno de ellos mas práctico que sus camaradas se dirigió á un chozo poco distante y prendió fuego al techo. Las llamas, tomando incremento, en breve asustaron al elefante, que dió á huir llevando consigo las flechas que se habian clavado en su piel. Impelido el fuego por el viento, tardó poco en propagarse á las matas que le rodeaban corriendo en un instante un espacio de mas de una legua. Este incendio difundió el espanto entre las fieras que tenian próximas sus nidadas, quedando así el camino en completa seguridad hasta la siguiente libata.

Otro día los negros divisaron una serpiente enorme. Su cabeza era tan grande como la de un becerro y su longitud de veinte y cinco pies. Al verla dieron los de la escolta, segun costumbre, un grito penetrante, é hicieron subir á los misioneros sobre una eminencia. Carli observó que aquel terrible reptil ocasionaba en la yerba tanto movimiento como el tránsito de veinte hombres. Permanecieron por espacio de una hora detenidos á fin de asegurarse de que se habia alejado.

El makoluta de Bambi les dió uno de sus hijos para que les sirviera de intérprete durante su estancia en Bamba. Caminaban muy distraidos y satisfechos con su nuevo compañero de viage, cuando observaron á lo lejos una gran fogata, y como el viento impelia las llamas hácia ellos, temieron que saliesen á su encuentro las fieras que vinieran huyendo de él: los negros les advirtieron que el único medio de evitar este inminente peligro, era subirse á la copa de los árboles. Era forzoso seguir este consejo, y como entre las cosas que componian su equipage habia una escala, subió un negro con ella por el

tronco de un árbol y la aseguró á una rama ; en seguida los dos misioneros y el hijo del makoluta , buscaron su seguridad en este asilo , despues de lo cual desataron la escala , con cuyo auxilio subieron á los árboles inmediatos. El peligro no estaba lejos , puesto que á poco aparecieron gran número de formidables enemigos , tales como tigres , leones , rinocerontes y otras fieras , que todos levantaron la cabeza al pasar. Los negros hirieron algunas con flechas envenenadas.

El padre Angelo se habia adelantado á causa de que por entonces momentáneamente no se encontraba á mano bastante número de negros conductores.

Carli , próximo al libata en que debia pernoctar , vió un leon tan mal herido , que apenas podia arrastrarse dejando sus huellas ensangrentadas. Los negros prendieron fuego á las matas , que estaban muy crecidas y muy secas , y al punto le vieron cambiar de direccion. Carli , una hora antes de hacerse de noche llegó al libata , el cual carecia de la valla ó empalizada de zarzas que los misioneros habian visto en todos los que habian pasado , y Carli se enteró pronto del por qué. Dirigiéndose al mercado , á donde vió que se dirigian todos los habitantes del libata , vió un negro herido , á cuyo derredor se apiñaban las gentes : preguntó qué ocurría , y le informaron de que era el makoluta que acababa de luchar con un leon. Carli , despues de saludarle , le reconvinó por no tener alrededor de su libata una valla espesa de zarzas como la que habia visto en las demas libatas. «Padre , contestó el makoluta , en tanto que yo viva no hace falta valla alguna ; cuando me muera harán lo que juzguen necesario.» La herida era leve.

Carli mostró deseo de saber los pormenores de la lucha , á lo cual accedió el makoluta diciendo , que se hallaba dentro del lugar con sus gentes , cuando hambriento un leon , y sin duda incitado con el olor de la carne humana , se lanzó en medio de ellos sin rugir , como acostumbra á hacerlo estos animales , cuando buscan su presa. Los negros que estaban con-

[Faint, illegible text block]





Herí al leon con toda mi fuerza en medio del pecho.

migo, viéndose desarmados, dieron á correr; en cuanto á mí, que no estoy acostumbrado á huir, puse una rodilla y una mano en tierra, y con el cuchillo en la otra sacudí con toda mi fuerza un golpe al leon en medio del pecho. Cuando se sintió herido, lanzó rugidos espantosos y se tiró á mí tan furiosamente que se clavó el cuchillo en el cuello; pero tambien me ha rasgado este lado con sus uñas. Mis vecinos acudian ya armados, y al verlos se retiró perdiendo mucha sangre. Este leon era el mismo que habia hallado Carli.

Su compañero Angelo tardó poco en sucumbir á una enfermedad ocasionada por el clima y los trabajos. Carli tambien fué acometido de fiebre, y en este estado padeció mucho tormento causado por una multitud de ratas que llegaban hasta morderle los pies. No tenia otro medio de defensa que colocar su cama en medio de la habitacion y hacer acostar los negros en esterillas de palma á su derredor. A esta sazon se atrevió á advertir al gran gefe de Bamba, en cuyos dominios se hallaba, lo que tenia que sufrir de la importunidad de las ratas y de la hediondez de los negros. Este príncipe le envió un pequeño mono domesticado, asegurándole que era remedio á estas incomodidades. El mono estaba acostumbrado á cazar ratas, y el olor natural de su piel que trascendia al almizcle, bastaba á neutralizar el de los negros. Efectivamente, aquel apreciable mono, ademas de estos servicios, le prestaba el de peinarle la cabeza y la barba mejor que los mismos negros.

Muy pronto le fué de mucha mas utilidad, porque le salvó de una especie de animal incomparablemente mas pequeño que los leones y tigres; pero no menos formidable en este pais. Dormia una noche profundamente, cuando le despertó bruscamente un salto que dió el mono para colocarse sobre su cabeza. Imaginóse que las ratas le habian asustado, y para animarle, le acarició con la mano; pero al mismo tiempo los negros se incorporaron bruscamente de pie gritando: «¡De pie, padre, de pie!» Preguntó qué sucedia: «Las hormigas, le respondieron, se

han abierto paso y no hay momento que perder.» Imposibilitado para moverse hizo trasladar su cama al medio del jardín á tiempo que le subian ya por las piernas. El piso de las cabañas estaba cubierto de ellas : su espesor pasaba de medio pie. No se halló otro medio de arrojarlas que quemar paja en todos los sitios que ocupaban. La llama las destruyó y las hizo huir. Apenas se durmió, despertóle otro accidente. El fuego mal estinguido por los negros, se habia estendido al techo de la cabaña y comenzaba á propagarse. En tanto que se trabajó por cortarle, se vió Carli aun en la necesidad de volver al jardín. Agitaciones tan violentas habian alejado el sueño de sus ojos cuando le volvieron á la cabaña; pero aunque lo recobrara, todavía le hizo volver al jardín un tercer alerta. Las hormigas habian ganado la aldea, y los negros, al aplicar el remedio del fuego, le habian prendido á una cabaña, desde la que amenazaba comunicarse á las demas. Sin embargo, hubo la fortuna de cortarlo, y Carli, despues de tantos sobresaltos, dió gracias al cielo por haberle salvado de las hormigas. Poseido de una debilidad que no le permitia moverse, no dudó que le devorasen antes de acabar la noche; temor muy fundado si se atiende el considerable número de vacas que perecen á su furor; y de las cuales se hallan muchas en Angola, y no se encuentran mas que los huesos á la salida del dia.

El estado de Carli empeoraba mas cada dia; concluyó por tomar el partido de hacerse conducir á Loanda. Allí ajustó un barco portugués que debia hacerse á la vela para el Brasil. El padre Carli obtuvo el permiso para embarcarse y para regresar á Italia, y á bordo de un buque genovés pasó el misionero desde el Brasil á Europa: esto pasaba el año de 1667.

X.

LE VAILLANT. PRIMER VIAGE AL CABO DE BUENA-ESPERANZA (1).

Impaciente por realizar mis proyectos, me dirigí á Holanda, donde visité las principales ciudades de la república y sus curiosidades; Amsterdam me ofreció tesoros de que no tenia ni aun idea. Todos los sábios se dignaron recibirme y admitirme en su estudio, admirándome de estos mas que ninguno, el de Mr. Temminck, tesorero de la compañía de las Indias. En él pude observar una multitud de objetos preciosos que no habia visto jamás, pareciéndome todos, tanto bajo el punto de vista del arte como de la naturaleza, dignos de eterna conservacion.

Tardé poco en intimar amistad con el sábio Mr. Temminck, que me colmó de atenciones, y que mejor que ninguno otro podia favorecer mis proyectos. Cuando se los hube confiado me enteró de los medios que debia emplear para llevarlos á cabo, dispensándome á este fin sus consejos y su proteccion. Por fortuna obtuve permiso de pasar al Cabo en un barco de la compañía.

Al amanecer del dia 4.º de febrero de 1781, hallándonos hácia tres grados Norte de la línea, nos advirtieron que se descubria una vela en el horizonte; el Mercurio se habia adelantado, y casi estaba fuera del alcance de nuestra vista, en tanto que nuestro barco se hallaba bajo la influencia de una completa calma. Asestamos los anteojos, pero inútilmente, pues hasta las nueve de la mañana no pudimos distinguir y reconocer que

(1) Estractado del primer viage de Le Vaillant.

pertenecía á un barco de poco porte. Los unos le creían francés, otros sostenían que era inglés; cada uno raciocinaba y conjeturaba á su modo, en tanto que llegaba el momento de adquirir certeza. Algunas horas despues divisamos que venía remolcado por dos lanchas con intento de aproximarse á fuerza de remo; nosotros pensamos que venía en demanda de socorro, y con mucha tranquilidad le dejamos acercar. Hacia las tres de la tarde y estando casi á tiro, izamos pabellon, saludando con un cañonazo sin bala, mas quedamos todos estrañamente sorprendidos al recibir un balazo en el casco, al que siguió la descarga de toda la andanada: era un corsario que al mismo tiempo arboló pabellon inglés.

Vano intento sería tratar de bosquejar el asombro de la tripulacion en el momento de tan inesperada aventura. En nuestro buque no habia un solo hombre tal vez, que se hubiese encontrado en combate; el capitan y los oficiales acostumbrados á viajar pacíficamente, no habian tenido ocasion de mandar en circunstancias semejantes, á lo que se agregaba para mayor consternacion, la falta de tiempo para prepararse contra ataque tan imprevisto. El espanto y la confusion se retrataban en todos los semblantes; los oficiales aturdian con sus gritos; los soldados, reclutas que no habian jamás cargado un fusil, no sabian á quien entender ni qué contestar: en una palabra, á las siete de la tarde no habíamos quemado aun un cartucho. El corsario nos cañoneaba sin descanso, intimándonos rendicion y amenazando echarnos á pique si resistíamos mas tiempo. Nuestro capitan, poseido de convulsiva agitacion, no cesaba de gritarle que no estaba en su mano entregarse á discrecion, que para ello era preciso dirigirse al Mercurio, que era su gefe. El pobre hombre habia perdido la cabeza.

Por fortuna empezó á correr un poco de viento, merced al cual pudo acercarse á nosotros el Mercurio y preguntar su capitan por qué no contestábamos al fuego. El nuestro respondió que aguardaba sus órdenes como gefe superior, pretesto ines-

cusable en lábios de un marino, acometido por un barco que montaba tan solo seis piezas de á ocho, mientras el que tenía á su mando contaba con treinta y dos de mas grueso calibre, con muchos pedreros y trescientos hombres á mas de la tripulacion.

El Mercurio rompió el fuego, y nosotros comenzamos tambien á disparar á todos lados sin reparar que entre el inglés y nosotros se hallaba aquel buque. La tripulacion, valida del desórden que reinaba á bordo se habia emborrachado, y marchaban de un lado á otro sin saber lo que hacian, gritando, llorando ó maldiciendo: hasta el capellan no habia vacilado en entregarse á los mismos escesos, sin duda por inspirarse ardimiento, y yo le ví con una linterna en la mano penetrar en la Santa Bárbara, atestada de pólvora, que llevábamos de provision para Ceilan, y sin la menor precaucion cargar de ella para hacer cartuchos, porque es de notar que no habia uno solo de repuesto, y que en toda la mañana se habia pensado en hacerlos.

El corsario, después de contraponerse á todas nuestras maniobras y de acribillarnos por todas partes, se alejó á las once de la noche, y aunque le veíamos fuera de tiro, nuestro barco hacia fuego sin cesar. Esta fué la ocasion predilecta de los poltrones, que entonces paseaban por el puente con paso firme, irguiendo la cabeza y desafiando á un enemigo que estaba lejos; sin embargo, aun se le temia, y por lo tanto ninguno se retiró á descansar. Yo pasé la noche como todos á la intemperie, tendido sobre un fardo y sin conciliar un momento el sueño á causa de los alertas de los centinelas. Dificil sería formarse idea cabal del desconcierto que reinó durante la escaramuza de aquel dia. Al siguiente, al pasar revista, se encontraron piezas de artilleria atestadas hasta la boca, que contenian tres cargas, y fusiles con los cartuchos invertidos, todo lo que hace inferir que á no ser por el Mercurio sin remedio nos hubieran apresado. Felizmente su presencia hizo cobrar espíritu á

los oficiales poseidos á no dudarle del fantasma del miedo, si se ha de juzgar por la inercia en que se mantuvieron durante cuatro horas en que impunemente nos cañoneó el corsario. El inglés pensaba ciertamente que carecíamos de artillería, ó á lo menos que la que divisaba era de madera, y no siendo así, la mas tenaz resistencia le hubiera hecho retirarse mas de prisa que habia venido.

Al recordar este suceso me viene á la memoria un hecho que escita mi risa cada vez que pienso en él. Como no tenia carácter alguno en el barco, no tenia tampoco órdenes que espedir ni que tomar y de consiguiente paseaba de un lado á otro, cuando divisé al encargado de la correspondencia de la compañía fielmente sentado junto á la caja misteriosa, y pronto á lanzarla por la ventana de su camarote á la mas ligera señal de un peligro inminente. Aquel sin duda era su puesto, pero en él le mantenia no tanto el deber como el terror que se habia apoderado de sus sentidos. «Le Vaillant, exclamó, Le Vaillant, ¡qué va á ser de nosotros! ¡Estamos perdidos, amigo mio, perdidos!» Traté de tranquilizarle y de que cobrara ánimo; pero una bala penetró en el camarote, y el estrépito horrible que ocasionó dió en tierra con mi hombre, dejándole como una masa inerte. Al pronto le creí muerto, pero poco á poco volvió en sí y se incorporó suspirando seriamente. Por esta vez no me fué posible sostener mi formalidad y me retiré á otro lado á dar rienda libre á mi hilaridad,

Me parecia risible que hombres destinados por su estado, su edad y su esperiencia, para dar ejemplos de bravura y pundonor, faltasen de una manera tan menguada en ocasion en que bastaba un solo minuto para disipar toda alarma y anonadar al atrevido corsario, al paso que niños que apenas podian sostener un cable habian dado veinte pruebas de celo, constancia é intrepidez. Lo que mas me encendia, aunque me hacia reir tambien, eran los cumplidos y enhorabuenas que recíprocamente se dirigian por la manera vigorosa con que creian

haber rechazado el ataque del barco, que pensaban lo menos se habia sumergido. Poseido yo hasta la certidumbre de que nuestro contrario se retiró virgen de nuestras balas, me chancé por ello ostensiblemente, sobre todo, con el primer piloto Van-Groenen, cuyo mal comportamiento durante la accion habia observado, y que era por entonces de los que mostraban mas orgullo y jactancia: los marineros sonreian maliciosamente, y como él lo notase, y como tambien en conciencia ninguno de ellos podia declararse de su parte, fuéle preciso atenerse al testimonio de su amor propio. Para coronar la obra, por su cualidad de doctor, encargaron al médico Engelbregt, que durante la accion se habia ocultado á fondo de cala, de redactar el parte de esta brillante accion, lo cual me dió mucho que reir á su costa, sin darle motivo de tomar revancha; no me sucedió lo mismo con el piloto, el que se vengó ocasionándome cuantas molestias estaban á su alcance. Sin embargo, el resto del viage corrió felizmente hasta descubrir las montañas del Cabo despues de tres meses y diez dias de navegacion.

El capitán del puerto, Mr. Staing, se trasladó á bordo y nos confirmó haberse declarado la guerra, noticia llegada por una fragata francesa. Al dia siguiente salté á tierra y fui presurosamente á visitar las personas para quienes tenia cartas de recomendacion, las cuales á decir verdad, me acogieron con benevolencia y amistad, ofreciéndome el valimiento que mis recomendaciones y su rango distinguido me daban derecho á esperar.

Me impacientaba el deseo de conocer aquel pais nuevo en que me veía trasportado como en sueños. Todo se presentaba á mis ojos con aspecto imponente, midiendo con la vista los desiertos inmensos en que iba á internarme.

La ciudad del Cabo está situada en la pendiente de las montañas Talla y Leon, formando un anfiteatro que se estiende hasta la orilla del mar. Las calles, aunque anchas, no son cómodas á causa de su mal piso; las casas, casi todas de cons-

truccion uniforme son bellas, espaciosas, y están cubiertas de cañizos para prevenir los accidentes que de otro modo ocasionaria la violencia de los vientos: el interior de estas casas no anuncia un lujo frívolo; los muebles son de gusto noble y sencillo. Nunca se ven tapicerías; algunas pinturas, grabados y espejos constituyen su principal adorno.

La entrada de la ciudad por la parte del castillo ofrece un golpe de vista magnífico. En ella están situados los mejores edificios; se descubre por un lado el jardin de la compañía en toda su estension, y por el otro las fuentes, cuyas aguas descienden de la Tabla por una hondura que se divisa de la ciudad y de toda la rada. Las aguas son escelentes y en bastante caudal para abastecer la ciudad y los buques que están anclados.

En general, los hombres me parecieron bien formados, y encantadoras las mugeres, sorprendiéndome el verlas adornarse con el cuidado y elegancia de las damas francesas, aunque carecen de su tono y gracia: en sus costumbres y educacion influye mucho la gran familiaridad en que están con las esclavas, en razon de que son las que dan el pecho á los hijos del amo; la de los hombres es de las mas descuidadas, si se exceptua los hijos de los ricos, á quienes se envia á educarlos á Europa. Las mugeres son aficionadas á cantar, y sobre todo á bailar, placer que les procuran con frecuencia los oficiales de los buques que están anclados. Cuando yo llegué, tenia por costumbre el gobernador dar todos los meses un baile público, ejemplo que seguian todas las personas distinguidas de la ciudad.

Admiróme sobremanera que en una colonia donde llegan tantos estrangeros no hubiera ni café ni fonda, si bien es verdad que hay muchas casas particulares de posada. El pais es abundante en pescados, no escaso de caza, pero en cuanto á frutos me parecen degenerados los de Europa, á pesar de quanto afirman sus apasionados; por lo que respecta á los indígenas,

nada puede decirse, pues apenas hay alguno, lo cual causa estrañeza al considerar la pureza de su cielo y la fecundidad del suelo, susceptible de producir la mayor parte del año casi todas nuestras legumbres; solo durante tres meses se deseca tanto la tierra á causa de los vientos sudestes que reinan, que se hace incapaz de todo cultivo; las plantas de los jardines hay que resguardarlas con parapetos, lo mismo que los arbolillos nuevos, que no obstante tales precauciones, no echan ramos por el lado del viento, torciéndose hácia el lado opuesto, lo que les da un aspecto poco gracioso.

Muchas veces he sido testigo de los estragos de este viento: basta el espacio de veinte y cuatro horas para quedar arrasados; en mis viages nos ha ocurrido mas de una vez haber volcado mi carruaje por su causa, y no tener otro medio que enlazarle fuertemente á un matorral.

Este viento se anuncia por una pequeña nube blanca que se fija en la cima de la montaña de la Tabla, del lado de la del Diablo; el aire comienza á refrescar en seguida, y poco á poco crece la nube hasta hacerse tan considerable que oscurece el vértice de la Tabla; vulgarmente se dice *que la montaña se ha puesto la peluca*. Sin embargo, la nube se precipita con violencia y pasa sobre la ciudad; creeriase que un diluvio va á inundarla; pero á medida que gana el pie de la montaña se disipa, se evapora, y parece reducida á la nada. El cielo continúa sin interrupcion sereno y en calma; nada mas que la montaña se resiente de aquel corto momento de luto que le roba la presencia del sol.

He pasado mañanas enteras entregado á la observacion de este fenómeno; el viento se anuncia primeramente con tibieza, levantando con lentitud una especie de niebla que parece desprendida de la superficie del mar, y que se congrega aglomerándose por el obstáculo que le opone en su camino la montaña de la Tabla por el lado del Sur; entonces es cuando para franquearla se comprime poco á poco, y rodando sobre sí misma

se alza con violencia hasta la cúspide y muestra á la ciudad la imperceptible nube blanca, anunciada por el viento que sopla despues de algunas horas por la rada y sus contornos.

La duracion ordinaria de esta especie de tempestad es de tres dias consecutivos; algunas veces continúa sin descanso mucho mas tiempo; frecuentemente cesa de pronto, y entonces la atmósfera se pone abrasadora; si interrumpe repetidamente durante su acostumbrado período, es pronóstico infalible de muchas enfermedades.

Aunque este viento no sea absolutamente peligroso para los navíos, no es raro que moleste demasiado, asi que cuando es muy impetuoso ganan alta mar, á fin de evitar sus contingencias. Muchas veces estorba el tránsito por las calles, y á pesar del esquisito cuidado en cerrar las puertas, penetra el polvo en las habitaciones, y hasta en el interior de las cómodas y pape-leras. Sin embargo, á pesar de lo molesto que es, produce un gran beneficio á la ciudad, pues la purga de vapores mefiticos producidos por distintas causas.

El azote mas cruel y peligroso, como enfermedad, son las anginas, las cuales acometen con tal violencia, que es raro si dan tres ó cuatro dias de tiempo. Las viruelas es otra plaga para las colonias; á su impulso, la primera vez que se manifestaron despues de la llegada de los europeos, perecieron las dos terceras partes de los habitantes; sus estragos fueron extraordinarios entre los hotentotes, á quienes parecia que acometian con preferencia.

Los extranjeros son en general bien acogidos de los empleados de la compañía, pero mas que todos los ingleses, á causa, sin duda, de la analogía de costumbres de las dos naciones, ó porque afectan mucha generosidad. No sucede lo mismo á los franceses, á quienes profesan tal antipatía, que he oido decir muchas veces que preferirian ser prisioneros de los ingleses á deber su salvacion al auxilio de las armas francesas.

La noticia del rompimiento entre Inglaterra y Holanda, es-